

RECENSIONES

MICHAEL A. FAHEY (comp.), *Ecumenism. A Bibliographical Overview*, *Bibliographies and Indexes in Religious Studies*, 23 (Westport: Greenwood Press 1992) XXI+384 pp., 24x16cm., ISBN 0-313-25102-9.

El jesuita P. Fahey, ex-Decano y profesor de Teología en el *University of St. Michael's College* de Toronto, es muy conocido por sus múltiples y ya veteranas formas de dedicación a la causa del ecumenismo. Ha formado parte de la consulta ortodoxa/católico romana en los Estados Unidos y es consultor de la Iglesia Anglicana del Canadá, además de activo coorganizador, y cronista de los regulares congresos, recopilación es la que ha llevado a cabo en la obra que presentamos.

Se trata de un elenco de casi 1.300 libros sobre ecumenismo, publicados entre 1950 y 1992. La relación está ordenada en siete secciones, cuya enumeración ofrezco para mejor información del estudioso del asunto, haciendo notar que cada una de ellas a su vez consta de diversos apartados: perspectivas históricas, diálogos bilaterales (subdivididos de acuerdo con las parejas de iglesias dialogantes), perspectivas geográficas, tres documentos más notables (la Confesión de Augsburgo, la Concordia de Leuenberg y el Plan de la Unión), y por fin los puntos doctrinales discutidos entre las iglesias, objeto de diálogo o de consenso. Pero lo que acredita sobre todo el valor y el mérito mayor del trabajo es que todas esas referencias van acompañadas de unas líneas de enjuiciamiento y valoración: gran servicio al usuario de la bibliografía, que recibe con ello una orientación inmediata sobre el contenido de cada una de esas obras.

Aparte aparecen recogidas 85 revistas especializadas de todo el mundo, también dedicadas al ecumenismo. Dado que el cuerpo de la bibliografía sólo reseña libros, con esta ayuda se le posibilita al lector el recurso a fuentes de artículos donde puede estar seguro de encontrar siempre una rica cosecha especializada de estudios e informaciones. Un capítulo inicial, a modo de ensayo bibliográfico, lleva a cabo una mirada panorámica sobre todo este material. Una gran felicitación merece el P. Fahey por la diligencia puesta en la preparación de este volumen a lo largo de muchos años de afanosa búsqueda en bibliotecas de América y Europa.

De lamentar algo, solamente que sea tan escasa la presencia de nombres y colaboraciones del ecumenismo español. Están reseñadas las tres revistas principales («Diálogo Ecueménico» «Renovación Ecueménica» y «Pastoral Ecueménica»), pero sorprendentemente no el *Enchiridion Oecumenicum* que en sus dos volúmenes recoge los documentos de los diálogos en su versión española; sí aparece su homónimo italiano, aunque por cierto en sección distinta de la edición análoga alemana. En cuanto a los ecumenistas españoles, quedan registrados algunos trabajos de Garijo Güembe, un par de cosas de Sánchez Vaquero y alguna otra de otros pocos autores dispersos, pero nada de González Montes ni de otros nombres que merecerían mención. Probablemente es el problema anexo a este tipo de elencos, que deben fijarse unos criterios objetivos y unos límites razonables en su selección con el peligro de las consiguientes omisiones. Pero esta observación no altera sustancialmente los ya indicados mérito, valor y utilidad de la amplia compilación.

JOSÉ J. ALEMANY SJ

A. GONZÁLEZ MONTES, *Fundamentación de la fe* (Salamanca: Ediciones Secretariado Trinitario 1994) 623 pp., 22x14 cms., ISBN 84-88643-14-4.

Esta importante obra es una propuesta de fundamentación de la fe que combina y armoniza la historia de la teología y del dogma, de la filosofía y teología bíblica. Son tres, pues, los elementos constitutivos de la misma: la *filosofía*, porque la construcción de los sistemas teológicos no es posible sino sobre la base de la mediación de los sistemas filosóficos; un segundo elemento decisivo es la integración de la *exégesis moderna* como forma de penetración crítica y científica en los documentos de la revelación, y el problema de la *transmisión*. Estos elementos están perfectamente articulados en la obra que consta de *cuatro partes*: En la primera se afrontan los fundamentos históricos de la teología, es decir, la historia de la construcción del discurso teológico hasta su zenit en la Alta Edad Media (pp. 23-109). Y para ello parte de una previa identificación de la naturaleza de la teología, teniendo en cuenta cómo se reflexiona sobre los contenidos de la fe y el objeto creído en otras religiones significativas (el islán y las religiones orientales) para tratar de aquilatar en qué consiste la reflexión de la teología cristiana. Pero el acceso al objeto que representa la teología pone en juego la razón y la concepción de la realidad, que pasa por el examen de los sistemas filosóficos. La construcción histórica de la teología, en su génesis y primer desarrollo, manifiesta que la teología cristiana llegó a ser teología en la medida en que pudo hablar de Dios hablando de «Dios en Cristo», equiparando el *sermo de Christo* con el *sermo de Deo* (San Ireneo, Filón de Alejandría, Clemente Alejandrino, Orígenes y Tertuliano). Lo verdaderamente importante del proyecto alejandrino consistió en afianzar el acceso racional al misterio, objeto de la fe, y dar curso a la teorización de su contenido, haciendo de la filosofía principio instrumental de la inteligencia de la revelación.

Hecha esa aproximación, que abarca los dos primeros capítulos, se fija el A. en los principios del discurso teológico: hasta la Edad Media los principios que articulan el discurso teológico son la *fe*, principio por excelencia que encuentra en san Agustín una formulación perfecta, y la *razón* (Boecio, san Anselmo, Abelardo, santo Tomás, Ockham, Escoto, etc.) La fe es el principio por excelencia de la teología, puesto que es en ella donde se alcanza la razón interna del teologizar que está en la identificación de Dios con Cristo. San Agustín sanciona un elemento determinante de la epistemología teológica: la *autoridad de la Iglesia* como principio normativo y criterio externo de la «fides Ecclesiae». El testimonio de la Iglesia es el criterio epistemológico externo de la teología como aproximación cognoscitiva a la revelación. A la fe corresponde guiar la inteligencia hacia el objeto creído apoyada en la autoridad de la Iglesia, que no es independiente frente a la Escritura, sino el criterio externo de su sentido. La inteligencia de la fe descansa sobre la eclesialidad del texto sagrado y la razón indaga la Escritura. Y, por otra parte, la iluminación de la fe es el criterio interno de la Teología, ya que la razón sola no podría realizar el tránsito al objeto transcendente de la fe sin aquella percepción interior.

La Edad Media considerará la razón como principio cognoscitivo de la teología bajo la luz de la fe. El A. hace una descripción esencial de los sistemas que nos permite ver cómo llegó la reflexión cristiana a la ampliación medieval de sus propios presupuestos, delimitando su criteriología y considerando a la teología como ciencia o hablar sobre lo contingente con valor universal.

En la segunda parte (pp. 113-220) la obra aborda la cuestión de la experiencia del objeto en las condiciones de la modernidad, la pérdida del objeto teológico y el problema de su recuperación. Se le dedican tres capítulos: la desmundanización del objeto en la modernidad o la imposibilidad del saber científico sobre un objeto suprasensible, la recuperación existencial del objeto y la rehistorización de la Transcendencia, con puntos todos ellos de gran interés como la crítica kantiana, la recuperación existencial del objeto de la fe y de la teología por Bultmann, con K. Barth como contrapunto, el luteranismo y existencialización de la experiencia de la salvación en el mundo, etc.

La tercera parte (pp. 221-418) plantea la experiencia del objeto en teología y los criterios que la rigen en las condiciones de la modernidad. Parte de la defensa de la racionalidad interna al hecho cristiano y de su testimonio histórico que hizo en la modernidad la apologética clásica intentando, en un gran esfuerzo responder a la Ilustración, tratando de indagar las condiciones en las que la revelación cristiana se acredita verdaderamente como un acontecimiento que viene de Dios y que es susceptible de ser captado por la razón. Sigue la que hizo la apologética de la inmanencia con nuevas exploraciones del acceso del hombre a la revelación, puesto que creyó que con atender sólo a la fundamentación racional del hecho cristiano realmente no se cumplía con la misión de una tarea de fundamentación. Había que tener en cuenta, pues, también el dinamismo de la subjetividad, la apertura del hombre a la posibilidad de la revelación divina.

Explicadas ambas trayectorias, sigue una segunda sección muy importante sobre la experiencia del objeto en teología en la que trata el A. de aproximarse de una manera formal, a lo que puede ser hoy el planteamiento adecuado, teniendo en cuenta lo hecho históricamente. En el análisis formal se fija el profesor González Montes en cómo desde Ranner la reconstrucción del discurso teológico pasa por unos preámbulos de la fe, es decir, plantear la hipótesis con la que juega la teodicea: que haya Dios, o la otra con la que ha operado siempre la teología: que Dios, que en efecto existe, se pueda revelar. Pero considerando que eso es insuficiente, si no se tiene en cuenta que tras la propuesta bultmaniana de desmitologización del NT hay, en efecto, que responder a la crítica de la religión llevada a cabo desde Kant, según la cual el discurso teológico no sería viable como tampoco el de la metafísica. Y, por tanto, lo difícil es afrontar formalmente cómo es posible plantear la presencia de la Transcendencia en la historia. Por ello el A. trata de hacer una descripción de intentos diversos en el panorama de la teología contemporánea para dar salida a esa cuestión, poniendo a continuación su propia apuesta. Parte de la distinción de las ciencias en el siglo pasado y tomando muy en serio el hecho de que la experiencia no es definible de manera unívoca sino análoga y de que, por tanto, el concepto o noción de experiencia se puede afrontar de formas muy diversas.

Por lo cual se propone ver en qué modo, una determinada manera de experiencia del mundo —que es la propia de la religión—, se acredita ante la razón coherente y exigentemente como se acredita otro tipo de conocimiento fundado en una experiencia positiva de control como el de las ciencias humanas. Se sirve del debate entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu, que arranca desde Dilthey hasta nuestros días, y recorre la trayectoria que, pasando por la sociología del conocimiento, es llevada hasta la moderna filosofía de la ciencia. Es decir, que trata en el fondo de establecer una epistemología teológica, unos criterios determinantes del conocimiento teológico que le permitan plantear el problema de la recuperación; al mismo tiempo que plantea el problema teológico como un discurso científico y coherente. Para ello afronta la relación entre conocimiento e historia y la relación entre lenguaje y experiencia, porque tiene que analizar de qué modo la historia se convierte en ámbito de experiencia —y de experiencia teológica—, cómo se formula esa experiencia y, por tanto, cómo el lenguaje expresará esa experiencia.

Aquí afronta el A. la crítica hecha al discurso teológico por el positivismo para plantear si las proposiciones teológicas pueden ser o no proposiciones de experiencia y, por tanto, para tratar de ver en qué medida las proposiciones dogmáticas, en efecto, suponen un conocimiento de experiencia objetiva de la realidad. También se confronta con algunas propuestas teológicas modernas insuficientes, como la de E. Schillebeeckx, que, es, a juicio del A., demasiado deudora de una cierta filosofía diletante y, al mismo tiempo, de una prolongación del pensamiento de Bultmann.

Una vez determinada la experiencia religiosa como experiencia de conocimiento (conocimiento de revelación de Dios en la historia), se plantea la cuestión de si, en efecto, de una manera objetiva, desde este planteamiento formal puede llegar al fenomenológico constatando ya en la his-

toría de la humanidad el acontecer de la revelación en cuanto tal. Es decir, constatando que en Jesús de Nazaret, en efecto, se ha dado la revelación que de una manera formal previamente ha planteado en los términos dichos.

Al lado de la filosofía coloca la obra inevitablemente la cuestión de la exégesis moderna, porque es un medio importante que permite determinar el acontecer en su propia fenomenología de la revelación. Pero no se puede hacer sin el tercer elemento: el problema del lenguaje y el de la transmisión, porque la exégesis se aplica al lenguaje y a la Escritura, y los textos neotestamentarios son lenguaje escrito y accedemos a Jesús a través de una penetración en el lenguaje que testimonia ese acontecer de la revelación en la historia. De ahí la cuarta parte: interpretación del acontecer y transmisión del mensaje (pp. 419-600).

Parte del hecho de que no se accede al contenido del NT de una manera neutra, sino de *pre-juicios* hermenéuticos diversos, con esquemas cristológicos que pretenden legitimar la propia lectura del NT que están motivados por comprensiones previas desde las cuales entramos en el NT. El A. habla, además, de los condicionamientos ideológicos del método histórico-crítico, de la exégesis crítica y de la espiritual, para poder después manifestar las convicciones que emanan de los análisis que dependen de paradigmas o modelos cristológicos hechos desde fuera de la fe que pretenden alcanzar el objeto de la fe misma como objeto ilusorio. La obra propone una penetración en el texto sagrado sirviéndose de todos los elementos científicos que hoy posibilita la exégesis y la filosofía hermenéutica, absolutamente capitales para entrar en el NT, que nos lleve al objeto de la fe. Llegados a los orígenes del cristianismo como fundamento de la cristología, es decir, del objeto de nuestra fe, lo que queda por plantear es cómo se ha transmitido realmente esa afirmación que del objeto de la fe hace el NT y que comienza con el análisis de la Tradición como vehículo y cauce del cristianismo en la historia.

Este es el esquema, a grandes rasgos, de esta importante obra, compleja y completa. Los estudiantes y especialistas pueden encontrar en ella una importante fuente de información, como texto de consulta para el profesor y el alumno. Para aquel como propuesta creadora y para el alumno como libro normativo que ayuda a alcanzar un modo de dirigir la razón teológica, que es lo que está aprendiendo el alumno en el aula. He de resaltar, además, que la obra tiene también dimensión ecuménica, porque ha tenido en cuenta que la construcción moderna de la teología se ha hecho en frentes confesionales europeos distintos. Y es mérito haber conseguido poner en diálogo justo los frentes confesionales. Es ilustrativo a este respecto, por ejemplo, cómo en defensa de la revelación cristiana entra en juego de una manera, quizá en exceso racionalista, la teología católica en la época de la Ilustración, pero también la protestante; y va mostrando como ésta, que en un principio tiene un prejuicio contrario a la teología natural, porque el camino de la razón es también el camino de las obras y Dios está más allá de las potencialidades de la razón. En la medida en que la Ilustración provoca un diálogo entre protestantismo también apelará a la razón para establecer unos ciertos preámbulos de la fe que terminen por legitimar el discurso teológico cristiano. Y, en ese sentido,

el protestantismo aproxima al catolicismo sus planteamientos. Pero como el objeto de la discusión es el propio texto sagrado, clave para entender la teología protestante, en la medida en que la teología católica va asumiendo la hermenéutica protestante, también recupera un elemento del que estaba más alejada la teología católica, que es la Escritura como punto de partida de la construcción teológica.

La obra ofrece, además, una cantidad de descripciones de los sistemas filosóficos utilizados por la teología de primer orden; las distintas teorías de la historia que son descritas, nos van permitiendo comprender los caminos que llevan hasta W. Pannenberg y K. Rahner y hacer de la historia el marco de la revelación divina; y capital es la filosofía hermenéutica. Por todo ello, obra compleja y completa, tal vez la más importante e innovadora del panorama teológico español, a mi saber y entender, y que hubiera sido de desear que contara con índice de materias. Con él la lectura se vería notablemente enriquecida por la ayuda que prestaría en la consulta de los planteamientos que con concisión, interpretación actualizadora y conocimiento de lo tratado informan al lector.

A. LUENGO VICENTE